

Rafaela lloró mucho al abrazar á su hija, lo que hizo delante de su marido, que la despidió friamente á la puerta de la casa.

Poco á poco la vista de aquella campiña, bañada por un radiante sol, y las dulces palabras del médico, calmaron su espíritu, y llegó triste, pero tranquila al castillo de su bienhechor, cuya familia les esperaba impaciente en la puerta.

---



---

## CAPITULO II.

**Mistres Simpson y su hija.--El castillo.  
Lazos del corazon.  
Alicia.--Diplomacia del Doctor.**

### I.

La esposa y la hija del doctor no eran lo que su esposo y padre habia dicho á mister Wilson más aún: eran todo lo contrario.

Mister Wilson habia consentido en que Rafaela pasase con ellos una temporada, halagado con la esperanza de que aquella aprendiese, á su lado, á ser ó una buena ama de su casa, segun la acepcion que él daba á esta palabra, ó una mujer instruida y apta para los negocios del escritorio. Es decir, esperaba que se convirtiese en una mujer regañona, grosera ó intolerable, ó en un usurero con faldas.

Desgraciadamente para él, si la bella y delicada criatura que le habia tocado en suerte, hubiera necesitado de dulzura y sencillez, en ninguna parte la hubiera podido aprender mejor que en el pobre y vetusto castillo del médico.

Al bajar Rafaela del carruaje, halló, para apoyarse, la blanca y gruesa mano de mi tres Simpson y los torneados hombros de mi Enriqueta, su hija.

La señora Catalina había cumplido ya los cincuenta y dos años de su edad. Era alta y corpulenta, y en su semblante, blanco y rosado, se reflejaba la paz profunda de una alma, cuya hermosura nunca había sido alterada por un mal pensamiento.

Sus cabellos, que habían sido del más hermoso matiz estaban casi blancos pero nada habían perdido de su riqueza y abundancia: partíanse en la frente, y luego bajaba á lo largo de sus mejillas en dos gruesas trenzas, hasta perderse entre los pliegues de una gran cofia de lino blanco.

Llevaba un vestido de seda gris, un delantal negro también de seda, y una gran pañoleta de lino como la cofia, que dejaba ver una cruz negra pendiente de un terciopelo del mismo color, que rodeaba su cuello.

Mi Enriqueta se parecía mucho á su madre; era alta, pero poseía toda la graciosa esbeltez de sus diez y siete años. Sus cabellos largos, blondos y sedosos, estaban rizados por mano cariñosa de la señora Catalina. Tenía los ojos azules y la nariz perfecta, lo mismo que la boca, que era diminuta y sonrosada. Sus manos eran afiladas y blancas, y en toda su perso-

na reinaba esa gracia algo fría, pero delicada y llena de dignidad, que es el principal adorno de las mujeres inglesas. Vestía un traje blanco y liso, sujeto á la cintura con una cinta azul.

Rafaela dejaba vagar sus ojos de la madre á la hija y no se cansaba de contemplarlas. Había en ambas cierta especie de mezurada dulzura una expresión de dicha tranquila, que ella no había visto ni sentido jamás.

Por su parte, mi tres Simpson y su hija contemplaban á la viajera con dulce interés, y no bien se hubo apeado, mi Enriqueta le ofreció el brazo y la condujo al salón, siendo seguidas ambas por el doctor y su esposa.

## II

—Catalina, dijo el médico á su mujer no bien se hubieron sentado; considera á esta jóven como á nuestra Enriqueta; es mi hija mayor y espero que la mires lo mismo que si fueras su madre.

—Entonces hija mia, repuso mi tres Simpson dirigiéndose á Rafaela, me dispensarás de los cumplidos y permitirás á Enriqueta que te llame hermana ¿no es verdad?

Rafaela besó por toda contestación la mano de la señora Catalina, y dejó caer en ella una lágrima.

—Mucho has debido sufrir, hija mia, prosiguió

guió mistres Simpson, sólo los que han sido desgraciados lloran cuando se les demuestra amor; en el corazón de las personas dichosas se alberga siempre mucha indiferencia.

—Si, he sufrido mucho señora, contestó Rafaela; y solo me aqueja el temor de venir á entristecer esta casa con el espectáculo de mis pesares.

—Mi madre y yo consolaremos á usted, señora, y si no podemos lograrlo llorarémos juntas, observó la hija del doctor.

—Vé, Enriqueta, dijo el señor Simpson; conduce á Rafaela á su cuarto y que se acueste, por que necesita descanso; yo tengo que hablar con tu madre, y luego irémos al cuarto de Rafaela.

Las dos jóvenes salieron del salón y atravesaron una galería entoldada de pámpanos, que daba entrada á varias habitaciones de la casa.

Enriqueta abrió una de las muchas puertas que se veían en ella y penetró con Rafaela en un cuarto fresco, blanqueado y amueblado con extraordinaria sencillez.

—Este es su cuarto de usted, amiga mía, dijo á Rafaela; está inmediato al mío y puede llamarme á cualquiera hora del día y de la noche que me necesite.

—No sé, en verdad señorita, cómo agradecer tantas bondades, dijo mistres Wilson dejando vagar sus miradas por aquella sencilla habita-

cion á través de cuyas ventanas abiertas se distinguían las montañas de Escocia cubiertas de nieve y heridas por el sol.

Tanta era su distraccion que no advirtió que Enriqueta la iba desnudando.

—Por Dios señorita ¿qué hace usted? exclamó Rafaela confusa.

—Mejor será, dijo Enriqueta, que nos llamemos de tú; ¿no me ha encargado mi padre que nos miremos como hermanas?

—Es verdad, contestó Rafaela, y yo tendré en ello mucho gusto, y mi corazón recibirá un inmenso beneficio; pero deja que me desnude yo.

—Aquí, dijo Enriqueta, tenemos sólo dos criadas ancianas que han servido á mis padres desde que se casaron, y que demasiado toscas para servir de camareras, te disgustarían, querida Rafaela por eso te ruego que me permitas ayudarte.

¡Ah! exclamó mistres Wilson con efusión: no creas, querida Enriqueta, que pueda molestarte ninguna muestra de interés, de cariño ó de complacencia, cualquiera que sea la persona de quien venga; he sido siempre tan desgraciada, y he visto en derredor mío tan poco amor, que estoy anciosa de él.

—Entonces, amiga mía, repuso Enriqueta, aquí te hallarás bien. Mi madre es sencilla como una campesina; pero amorosa y buena: yo creo que lo soy también, porque, educada por e-

lla y por mi excelente padre, no podía tampoco ser otra cosa; además que, desde el instante primero en que te he visto, una simpatía irresistible me atrae hácia tí.

Enriqueta, al decir estas palabras, acabó de abrochar en el torneado cuello de Rafaela una bata de dormir, y despues la ayudó á acostarse arropándola con el mayor esmero.

Aun hablaban las dos nuevas amigas cuando entraron el doctor y su esposa, y poco despues se presentó una de las ancianas sirvientas con un vaso de leche caliente, colocado en plato de loza blanca.

El señor Simpson hizo que Rafaela la bebiese, en tanto que la señora Catalina encendía una lamparilla colocada sobre un velador, y despues de desear a su huésped una feliz noche, se retiraron todos, despidiéndose hasta el siguiente dia.

### III.

Dos meses se pasaron para Rafaela en el castillo del doctor con la rapidez de un sueño.

La existencia en él era, sin embargo, bien monótona, y hubiera parecido insoportable á cualquiera otra que no hubiera sido Mistres Wilson.

Pero, ¿qué mujer de alma tierna y piadosa no halla recursos en sí misma? Más que á la mu-

jer realmente desgraciada, compadezco yo á la mujer que se fastidia; porque, ¿hay algo comparable á esa helada indiferencia hácia todas las cosas que nos rodean? ¿Hay algo peor que esa falta de sentimiento, ó esa falta absoluta de aspiraciones y de calor en el corazon.

Preferible es, á mi modo de ver, el sufrir las mayores penas, á esa falta completa de sensibilidad y de afectos, á ese hastío hácia todo aquello que forzosamente ha de rodearnos.

Rafacla era de las mujeres privilegiadas que pueden sufrir mucho, pero no pueden fastidiarse jamás, Conjuraba ella la monotonía de la vida del castillo con los recursos de su propia imaginacion.

Bordaba, leía, se paseaba aun en los dias nebulosos, tan frecuentes en aquel clima, y tocaba sus sonatas favoritas en el piano de Enriqueta. Como todas las mujeres de alma tierna, dedicaba algunas horas del dia á la oracion; y cuando la memoria de su hija la perseguia demasiado, cuando el dolor y el desaliento invadian por completo su espíritu, rezaba tambien, y la oracion traía á sus ojos un llanto copioso que la aliviaba.

No obstante, aquel recuerdo punzante estaba siempre en su alma; no habia una hora, un instante en que no viese la imágen de su hija, ora hermosa y risueña, tendiéndole los brazos, ora enferma y moribunda, con su pálida cabecita recostada en el seno mercenario de mistres Beld.

El doctor participó un día en la mesa que tenía que marchar á Londres para atender á la cura de uno de sus antiguos clientes. Aunque aquel excelente anciano se habia formado ya una renta suficiente para sus modestas aspiraciones, no habia podido desatenderse de algunas de sus relaciones, y visitaba á sus amigos, siendo en casa de uno de estos en donde Mister Wilson le conoció, y le rogó que fuese á ver á su esposa.

El avaro creyó desde luego que sería mucho menos caro un facultativo que vivia en el campo que uno de Londres, y se ha visto que el éxito sobrepusó sus esperanzas, puesto que el doctor Simpson nada quiso admitir por los cuidados que habia prodigado á Rafaela.

Al participar el doctor á su familia su próximo viaje, Rafaela le miró de un modo tan triste y expresivo, que el doctor le contestó comprendiéndola:

—Ten confianza en mí, hija mia.

Rafaela enjugó una lágrima de gratitud, y la señora Simpson preguntó á su esposo que cuánto creía que podría durar su ausencia.

—Un mes á lo más, contestó el doctor: confío curar en ese tiempo á la persona que me necesita.

Mistres Simpson y Enriqueta, acostumbradas á las frecuentes ausencias del médico, continuaron comiendo y hablando de otras cosas con

tranquilidad; mas Rafaela pensó con secreto terror en el aislamiento moral en que iba á dejarla la ausencia de su amigo. Este la miró y comprendió su pensamiento, pues leia en aquella alma como en un libro que él mismo hubiese escrito.

—Vamos á dar un paseo por el parque, hija mia, dijo al levantarse de la mesa, y en tanto que su esposa y su hija guardaban metódicamente los platos sobrantes de la comida.

Rafaela apoyó su delgada mano en el brazo del doctor y bajaron al jardín.

Hacia una hermosa noche. La luna pasaba sus plateados rayos por entre el ramaje de los árboles, é iba á herir con sus reflejos el pálido y hermoso semblante de Rafaela y el venerable del doctor. Una fuente cercana caía murmurando en un pilon de piedra blanca, y los pajaros cantaban al derredor, como regocijados por el sonido del agua.

Durante algun tiempo, ni el doctor ni Rafaela rompieron el silencio que reinaba, y al que la noche daba cierta poética y melancólica solemnidad. Rompió por fin mister Simpson, y habló así á la jóven:

—Rafaela, sé que mi ausencia va á dejarte triste, y por lo mismo quiero preparar tu corazón á soportarla.

Ella no contestó y el médico siguió hablando, seguro de que sería escuchado en silencio.

—Ya te dije, hija mía, el día mismo que precedió á nuestra salida de Lóndres, ya te dije aquel día, en que te descubrí las más hondas llagas de mi corazón, que te parecías á la mujer á quien ané como si hubieras sido su hija.

¿Que fué de ella? preguntó vivamente Rafaela rompiendo el silencio contra la esperanza del doctor.

—¡No lo sé! respondió éste sombríamente; ¡no lo he sabido jamás! ¿Para qué? ¡ella había muerto para mí, y felizmente para el mundo también! Pero volvamos á lo que tenia que hablarte, hija mía: te he dicho que te parecías á Carlota en cuerpo y alma.

—¡Carlota! gritó Rafaela parándose de súbito. Carlota era, señor, el nombre de mi madre!

¿Que dices? . . . . . repuso el doctor palideciendo como si fuese á morir.

Luego pasando la mano por su calva frente murmuró:

—¡Sueños vanos! ¿No me dejaréis tranquilidad ni aún en la vejez?

#### IV

Reinó de nuevo el silencio. Rafaela, agitada, parecía sumergida en un mar de pensamientos. En cuanto al doctor, se ocupaba en vencer, con la fuerza de su voluntad, la tempestad que se alzaba con sordos mugidos en su corazón.

—Volvamos á la vida real, dijo al fin con triste sonrisa; te he dicho, Rafaela, que estoy acostumbrado á leer en un alma y en una fisonomía que se parecían á las tuyas, y que leo en éstas como leí en aquellas. No me lo niegues; hija mía; tú me echarás de ménos, y te encontrarás solitaria entre mi mujer y mi hija: mi mujer ocupada en hacer queso, en batir manteca y en tejer medias para mí. Mi hija, que cifra su vida en cocer con primor mis camisolas, en arreglar cuatro veces al día los juguetes de loza y china de su velador, en dibujar una flor, y que aunque esté para casarse con su primo Allen, de Escocia, se casaría sin pena con un doctor irlandés, si yo le dijese que tal enlace me convenia.

—¡Ah, señor! exclamó Rafaela es usted injusto con ellas; ¡son tan buenas!

—Lo son, en efecto, hija mía, y yo soy el primero en reconocer su bondad; pero ¿basta esto para llenar tu vida? ¿Ha bastado para llenar la mía? ¡No! ¡Han sabido curar las sensaciones dolorosas; pero no han alcanzado á darme otras gratas! Y creeme, hija mía. . . . vale más sentir un agudo dolor que experimentar el vacío en torno nuestro.

—¡Demasiado lo sé! murmuró débilmente Rafaela.

—¡La inteligencia! ¡Oh, la inteligencia! exclamó el anciano deteniéndose y levantando al cielo su semblante venerable, sobre el cual caían

á plomo los rayos de la luna, ¡la inteligencia es, oh Dios mio, un rayo de luz caido de tus ojos! ¡Y cuando está unida á la sensibilidad y á la poesía del alma, es una misma parte de tu sér!

—Pero su esposa de usted y su hija son buenas y sensibles, amigo mio, dijo tímidamente Rafaela.

—¡Es verdad! contestó el anciano ¡Es verdad, pero mi casa está helada como lo están muchos palacios de magnates, en los cuales hierve la riqueza, y en los cuales, sin embargo, he sentido enfriarse mi corazón.

Prefiero sentir en derredor mio el bramido de las pasiones á la calma de los sepulcros. Quiero la virtud sentida, no rutinaria. La quiero amada, no impuesta. La quiero por convicción, no por costumbre, ¡Si no te hubiera hallado á tí quizá hija mia, hubiera yo muerto muy pronto!

—¡Ah, señor! ¡Ah, padre mio! exclamó la joven cubriendo de besos y de lágrimas la mano del anciano: ¿con que aun vale para alguna cosa esta desdichada á quien le han quitado hasta su hija?

—Te han quitado á tu hija por que temian la hicieses, con tu ejemplo, demasiado buena demasiado tierna, demasiado sensible, y por que su padre quiere hacerle tan ruin como él. ¡Plugiese al cielo que yo pudiera evitarlo!

—¡Dios pagará tan hermosos deseos ya que yo no puedo hacerlo! murmuró Rafaela.

—Tú me has pagado, y me pagas con usura, si te he hecho algun bien, hija mia: ¿en quien si no en tí, he hallado ese iman que atrae á la vida y la hace ver á través de un rosado prisma? Y ¿qué nombre dáremos al sentimiento que me liga á tí? El loco mundo, el mundo ruin y calumniador le llamaria *amor* quizá, pero yo, si le llamo amor, le llamaré amor de padre, que es el único que le conviene.

—Será posible que me ame usted como á Enriqueta? preguntó cándidamente Rafaela.

—¡Te amo más ó te amo mejor hija mia! por más que se diga, el cariño de los padres y de las madres no es tan ciego como se cree y está casi siempre en relacion con las cualidades ó con el carácter de los hijos: además, Enriqueta tiene tres personas que la aman, su madre, yo, y su prometido: en tanto que tú no tienes á nadie más que á mí que te quiera y á quien querer: su naturaleza es, por otra parte, muy distinta á la tuya; tiene un organismo inglés, que para desgracia mia, no ha querido concederme la Providencia; tú necesitas mucho amor, ella se contenta con muy poco: dejame, pues, que os quiera á entrambas como padre, pero que yo quiera á cada una segun lo necesita.

—El doctor, al decir estas palabras, vió venir por una de las calles del parque á su mujer y á su hija.

—Escríbeme todos los dias, dijo á Rafaela co-

nociendo que toda intimidación iba á desaparecer de la conversacion: yo voy á ver si puedo traerte á tu hija cuando vuelva aqui.

El paseo continuó, pero ya no se trató sino de asuntos generales. A las diez volvieron todos al castillo, y cada uno se retiró á su cuarto, pues el señor Simpson debía marchar á Lóndres al amanecer del siguiente dia.

Rafaela, poseida de una profunda tristesa, durmió muy poco, y la aurora la encontró apoyada en la ventana de su cuarto, deede la cual oyó partir el carruaje del doctor.

## V

Aquel mes lo pasó mistres Wilson casi en la misma soledad para su corazon en que siempre habia vivido. ¡Extraña fatalidad empujaba sin cesar á aquella mujer hácia los séres que menos podian comprenderla!

No obstante, sus ojos disfrutaban mayor solaz alli que en la sombría habitación que habia ocupado en casa de su esposo. El castillo, aunque triste, era vasto, y su gran jardin y su extenso parque le permitian pasearse, hasta que el cansancio del cuerpo dominaba á la melancolía del espíritu.

Ademas, esperaba á su hija. ¿Qué madre no se resigna á todo ante la perspectiva de ver y abrazar, en un término breve, á la hija que apenas

conoce? .....

Solo un temor anublaba aquella celeste esperanza; pero horrible. Era el temor de no verla realizada,

Por fin se oyó una tarde el rumor de un carruaje. Rafaela conoció en los latidos del corazon que era el del doctor. Pero sus huespedas, solo cuando vieron asomar un pañuelo blanco por una de las portezuelas supieron que se acercaba su padre y su esposo.

Mistress Wilson se lanzó á la ventana y miró ansiosamente al fondo del coche. El doctor no venia solo. A su lado distinguió Rafaela la papalina negra de mistres Beld, y cerca del seno del anciano, una cabecita infantil cubierta con un gorrito de encajes.

Bajó como un relámpago y el doctor puso á Alicia en los brazos de su madre. Inútil será que yo trate de describir los trasportes de Rafaela: las madres lo comprenderán sin que yo los explique. Las que no lo sean no los podrán comprender jamás.

Riendo, llorando, y cubriendola de besos pasó mucho rato; y en tanto que la niña lloraba viéndose apretar por aquella mujer desconocida, y en tanto que mistres Beld la miraba con aire irritado.

La niña era muy bonita: tenia, como su madre, los ojos azules, e lcabello, negro, y en la tierna edad de cinco meses que contaba era imposible



hallar más vivesa y gracia. Poco á poco fue cesando en sus llantos y en sus gritos, y correspondió con risas á las caricias de su madre. Mistres Simpson y Enriqueta miraban tambien aquel hermoso cuadro, y sólo Rafaela se acordó de preguntar al doctor cuando vió que iba á retirarse:

—¿Y el enfermo?

—¡Curado! respondió el doctor pasmado de aquella sensibilidad de corazón, que hacia á Rafaela acordarse de las penas de los demás, en medio de la alegría mayor que en su vida había sentido.

Cuando llegó la noche la cuna de Alicia fué colocada junto al lecho de su madre, que, por mirarla, no pudo dormir ni un instante. Al día siguiente mistres Beld escribió al esposo de Rafaela este billete:

„Milord: La señorita no deja un momento á su hija: apénas la he tomado desde ayer en mis brazos y hasta la noche la ha pasado en el lecho de su madre.

„Creo de mi deber avisarlo á vuestra gracia, y soy, sin más por hoy que comunicarle, su humilde criada.

JENNY BELD.“

El criado que llevó esta carta trajo otra; pero no para la nodriza. Era para el doctor, y decia así:

„Querido amigo: Como usted me había anun-

ciado, ya ha empezado mistres Beld con sus chismes; creo como me aseguró, que por este medio quiere hacérseme precisa y sacarme dinero: así, pues, le suplico que evite que me traigan ninguna carta suya.

„Fio del todo en usted.

„Soy suyo sincero y buen amigo.

RICARDO WILSSON.“